

La noble artesanía del estilo

Luis Alonso Schökel, SJ*

Presentaciones

EL año 1947 publiqué un libro titulado *La formación del estilo*. Era fruto de unas cuantas intuiciones y de muchas experiencias, con alumnos selectos de catorce a diecisiete años. Al llegar a la tercera edición se desdobló en dos volúmenes: *Libro del alumno* y *Libro del profesor*. La quinta edición data de 1968. El libro actual es hijo legítimo de aquél, veintisiete años después de la última edición.

Tengo que presentar a los colaboradores, que puedo llamar padres o compadres de la criatura. Los dos fueron alumnos míos siendo adolescentes. Francisco Pérez Gutiérrez ha crecido hasta la estatura de doctor y profesor. Autor, entre otras obras, de un importante estudio titulado *Renán en España* y de otro sobre Maraón, de próxima aparición. Colaboró en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal con un sustancioso y

* Instituto Bíblico. Roma.

largo artículo sobre la cultura eclesiástica en este siglo. En su tiempo escribió poesía, después se instaló en el ensayo.

José Luis Blanco Vega era un alumno sorprendente. Ha cultivado la poesía, tradujo muchos himnos del breviario. También es experto en cine: su autor preferido es Hitchcock.

Los dos han colaborado con sendos artículos y ojalá hubieran sido más que sendos: respectivamente los capítulos sobre la narración y sobre la columna.

¿Tengo que presentarme yo? Baste decir que el año 1951 me pasé a la Biblia, el 1957 defendí mi tesis doctoral, «Estudios de poética hebrea», y comencé la enseñanza del Antiguo Testamento. ¿Fue desertión o promoción o traslado?

Historia

A distancia de 48 ó 27 años puedo mirar atrás. ¿Qué sucedió en el tiempo intermedio? ¿Por qué la nueva obra? *La formación del estilo* se difundió por España y Latinoamérica, se empleó en colegios y seminarios. El año 1972, agotadas las existencias, dejó de publicarse. Muchos poseedores la guardaron celosamente, otros sacaron fotocopias.

Por aquellas fechas el cultivo del estilo no se llevaba. Había sucedido la revolución del 68. Cultivar el estilo era burgués y elitista. Lo urgente era la acción social. No menos influyente fue la invasión arrolladora de la técnica desbancando disciplinas humanísticas. La evolución ha sido rápida: la informática no necesita cuidar su estilo.

Durante decenios hemos asistido, casi impotentes, a una degradación del lenguaje y aún más del estilo. Escribir sin faltas de ortografía y sin incorrecciones gramaticales era una meta fantástica. Hablar con fluidez y sin anacolutos ni muletillas no era producto corriente de la televisión. El vocabulario de muchos estudiantes se encogía como una pasa.

Contaré a este propósito una anécdota. A veces, en la década de los setenta, me sentaba a ver la televisión, más para hacer compañía que por interés personal. De tal manera me intoxicó el lenguaje pobre e incorrecto que para desintoxicarme hube de releer por enésima vez la Celestina.

¿Continúa hoy la misma situación? Me atrevo a simplificar el complejo panorama. En el polo negativo siguen afincados los malos hábitos

lingüísticos; pero se aprecia, se siente, se lamenta. Periódicos importantes como *ABC* y *El País* publican un manual de estilo para colaboradores, que se ciñe a la gramática y vocabulario. Una gramática sucinta de la lengua, de Alarcos Llorac, es un éxito de venta.

En el polo opuesto contamos con una pléyade de narradores, de diversa categoría, que escriben bien, muy bien, con riqueza casi barroca. No son eximios los poetas, abundan menos los ensayistas. Pero destacan nombres ilustres y se hace también buen periodismo. En cuanto a la crítica literaria en el periódico, es obligado citar al equipo del *ABC Cultural*: son críticos que mezclan la competencia con la benevolencia y escriben bien.

Novelas bien escritas se publican, se venden, se leen. ¿Influyen esas obras para mantener y enriquecer el buen estilo? Algo tienen que influir. Aunque quizá no pocos lectores se fijen más en el argumento que en el lenguaje.

Nueva versión

EN este contexto se inscribe mi proyecto. Pasado el año mágico de 1992, me hago más consciente de la situación. Siento que se siente una falta difusa. Ex alumnos, colegas, usuarios me instan a reimprimir o rehacer *La formación del estilo*. Se acerca mi jubilación como profesor de Biblia. ¿Habrá llegado el momento propicio? ¿Me encontraré preparado?

Desde que se agotó la última edición habían pasado veinte años. Yo no había abandonado nunca mi afición literaria, seguía siendo lector voraz de poesía en varias lenguas. Más aún: si algo define mi perfil de profesor de Biblia es la atención constante prestada a los valores literarios, especialmente al lenguaje poético del Antiguo Testamento. Resultaba que la experiencia literaria de primera mano influía en mi actividad exegetica, mientras que el estudio literario de la Biblia afinaba y enriquecía mi apreciación del estilo en general.

Cuando me puse a releer el libro de juventud, no me encontré en territorio extranjero. Eso sí, aprecié muy pronto que hacía falta rehacer enteramente la obra, siguiendo las intuiciones germinales. Se imponía una lectura crítica de la obra, para descubrir sus faltas o excesos, aciertos o ingenuidades, teorías válidas o superadas.

Los ejercicios de los alumnos (todos auténticos) resultaban quizá ingenuos. Algunos escritores habían perdido actualidad, otros habían ocupado su puesto. Y la parte teórica tenía que ser redactada de nuevo.

Considero el resultado un libro nuevo. Se parece al anterior como hijo a su padre. Pero pertenece a otra generación. ¿Tendrá la aceptación y difusión del precedente? La coyuntura es diversa. *La formación del estilo* estuvo funcionando unos veinticinco años. A la velocidad a que nos movemos hoy no será fácil alcanzar el paso del milenio.

Pero ¿no existían otros libros que cumplieran la misma función? Existían obras valiosas de comentario de textos. De ordinario ceñidas a unos cuantos textos analizados en el aspecto cultural, histórico y de estilo. Creo que ninguna obra sistemática había ocupado el puesto vacante de *La formación del estilo*.

Tras dos años de trabajo intenso —leyendo, entresacando, redactando— ha nacido este libro. Mejor que alabarlo será describirlo someramente.

Un capítulo inicial justifica y explica el sentido de la obra, concentrado en el subtítulo: «**arte y artesanía**». Necesidad del segundo, su relación con el arte; ejercicio y aprendizaje. «En teoría podemos divorciar arte y técnica... De ordinario, al ejercitar la técnica, por un recóndito enlace, crece también la capacidad artística».

Siguen dos capítulos preparatorios, dedicados al **vocabulario** y la **sintaxis**. Cómo se adquiere, se empobrece y se enriquece el vocabulario. «Traducir de una lengua extranjera ayuda a precisar nuestros conceptos y a enriquecer nuestro vocabulario». En este capítulo se habla de: palabra y concepto, diacronía y sincronía, campo semántico, el factor sonoro. El capítulo siguiente está dedicado a la **corrección** gramatical y los **giros y modismos**: clásicos, castizos, modernos, renovados. «Una renovación consiste en desmontar alguna pieza y sustituirla por otra, o en someter el modismo al reactivo de un contexto ajeno».

Después llega la base de todo: el **trabajo del estilo**, que ocupa cuatro capítulos: «escribiendo aprisa no se llega a escribir bien; escribiendo bien se llega a escribir aprisa» (Quintiliano). A lo largo de los siglos el lenguaje literario ha desarrollado numerosos registros que desempeñan variadas funciones. Conocerlos y practicarlos es una tarea analítica, de detalles y minucias. Así p.e. hay que aprender el uso del sustantivo, del nombre propio, el estilo nominal. Lo mismo el verbo y el adjetivo y el adverbio. Lo que puede un adjetivo es bastante conocido: uno o dos o los tres de

Azorín. ¿Se ha reflexionado sobre lo que puede un adverbio o sintagma adverbial? En un romance filosófico de sor Juana Inés de la Cruz (siglo XVII) encuentro los siguientes:

de contra vos mismo / severamente inhumano
...la ignorancia / del que indoctamente sabio
el que flojamente cauto
opuestamente hermanos

Lógicamente, la **imagen** se lleva un capítulo entero (24 páginas), porque hay que abarcar veintisiete siglos de poesía, desde Isaías hasta Gerardo Diego y Umbral. «Lo fundamental de la imagen es la síntesis de dos paneles correlativos, de los cuales uno al menos es sensorial». Puede realizarse en forma de comparación, metáfora, símbolo, por yuxtaposición; o refinadamente, dejando al lector adivinar y suplir uno de los paneles. Por su importancia, los ejemplos de imágenes ocupan dieciséis páginas, desde la Biblia a Vicente Aleixandre.

Menos espacio requiere la **antítesis**, acompañada de otros recursos menores, binas y grupos heterogéneos. Del capítulo cito un par de frases de muestra:

La imagen, como testimonio de la unidad radical del hombre, de su espíritu corpóreo; la antítesis como testimonio de la polaridad radical de todo lo humano... Semejanza y oposición son como sístole y diástole del estilo literario.

Este capítulo se cierra con unas páginas dedicadas a «El Quijote escuela de estilo», entresacadas del estudio de Hatzfeld: «Estudiar sistemáticamente el estilo del Quijote equivaldría a un tratado de estilística».

Es un interludio el largo capítulo dedicado a la «Estilística del **material sonoro**». Como se ha perdido en gran parte la capacidad de escuchar el texto literario, hace falta despertar en el estudiante, cultivar en el escritor los registros de eufonía y ritmo. También de la prosa. Onomatopeya, etimología, aliteración, paronomasia, juegos de palabras, palabras de doble sentido:

Se escuchan rebotando de risco en risco
los ecos rechinantes de las carretas (Salvador Rueda)
y el perro del buen Hidalgo / para las liebres lebrel.
Acaso fue perdiguero: en la Mancha, la perdiz (Unamuno)
se empina, para, parte, prueba y pasa

su paso a paso, de una en otra parte (Aldana).
 Hablando de Cortés y de México,
 de extremos fuiste el Extremeño extremo...
 la de Cortés es Corte y yo cortijo (Arias de Villalobos).

Dos décimas de Jorge Guillén evidencian la diferencia entre metro y ritmo (W. Kayser). Los nombres de Alonso de Cabrera, San Juan de la Cruz, Valle Inclán nos invitan a escuchar, en voz alta o con la imaginación, una prosa ejemplar.

Conocidos los registros del estilo hay que ejercitarlos en la base de casi todo: la **descripción**. Porque la narración está compuesta de piezas descriptivas diversas, la lírica describe sentimientos, en el ensayo se cuela con frecuencia algún fragmento descriptivo. Por eso la descripción se lleva cuatro capítulos, ochenta páginas. «Es destino de la literatura descriptiva ofrecernos una ilusión de realidad, donde se funde la comprensión intelectual con cierta percepción imaginativa. El único medio de que dispone son las palabras».

¿Qué actitud adoptaremos al describir? Actitud objetiva o neutra, emotiva, contemplativa, distante o irónica. ¿Qué recursos preferimos? Metáfora, comparación, epíteto, enlace de palabras. ¿Qué técnica nos parece oportuna? El rasgo descriptivo rápido, la caracterización breve, la descripción amplia. ¿Qué sentidos corporales actuarán? Arrollados por la vista y el oído, no olvidemos la fuerza evocativa del olfato, la evidencia del tacto, la sorpresa de cenestesia y sinestesia. ¿Qué objetos se ofrecen a nuestra descripción? Naturaleza, paisaje, acciones humanas, gestos, costumbres, tipos, oficios, escenas, hechos fantásticos... Todo esto hay que desarrollarlo con abundancia de ejemplos.

Homero nos da lecciones: es el genial comienzo. Pero no descuidamos los *haikus* del mexicano Tablada, al guatemalteco Flavio Herrera ni el *Bestiario* de Juan José Arreola.

Sobre los recursos y formas de la **narración** —hoy se habla de estrategias— escribe un sustancioso capítulo Francisco Pérez Gutiérrez. Nombres extranjeros acompañan a los nativos. Ahí comprenderá el lector lo que es el narrador omnisciente, el estilo indirecto libre, el monólogo interior, el tiempo de narración y el tiempo narrado, etc. «Todo lo humano es transcurso y dis-curso». Otro capítulo lo complementa con ejemplos breves y con una excursión por el relato fantástico: «hoy encontramos muchos anti-quijotes, a quienes la mucha ciencia y tecnología ha sorbido la fantasía».

Para la **expresión de sentimientos** nos refugiamos en la lírica. No porque sean exclusivos de ella, sino porque en la lírica los encontramos concentrados. «Los sentimientos ocupan una zona intermedia de la conciencia: entre la percepción, que se apodera del objeto, y el deseo puro, que es atraído por el objeto». Una panorámica rápida nos acerca a los románticos, el modernismo y el surrealismo. «Nuestro romanticismo tendió a la locuacidad, la declamación... Se salva Bécquer en cuya poesía la bruma enturbia el paisaje, el difumino persigue al lápiz, el pedal diluye la armonía». «El modernismo ensanchó las fronteras de nuestra percepción y sentimiento..., cultivó sistemáticamente el símbolo, dedicó un esfuerzo extraordinario al lenguaje y estilo».

Después de tantos capítulos serios no viene mal un capítulo dedicado a la categoría de **lo cómico**. «Es un elemento de suma importancia en la formación y convivencia humana. Tiene función catártica... Fomenta la tolerancia y relaja tensiones». No confundamos ironía, sátira, sarcasmo, humor; aunque sea difícil definirlos. También el estilo cómico tiene sus recursos, que se pueden aislar e ilustrar con ejemplos. El humor, bien entendido, es la forma suprema, es maduro humanismo: «lo más opuesto al humorista es el amargado... Sonríe mientras llora». El príncipe de nuestros humoristas es Cervantes. Con todo, el capítulo hace una escapada hacia el humor negro, que se ríe de lo macabro: «sucede que el humor negro es la venganza humana frente a la crueldad de su destino».

Pasamos o saltamos a otro territorio: el **estilo de ideas**: «movimiento del espíritu que piensa cerniéndose sobre los datos sensibles». La exposición teórica ocupa bastantes páginas, porque conviene dar un fundamento de reflexión y porque es oportuno trazar las dotes de la buena exposición de ideas: claridad, precisión, interés. «Hasta que no las tenemos claras, nos cuesta formularlas; hasta que no logramos formularlas, no las poseemos con claridad». Después resulta fácil tratar en sendos capítulos del **ensayo**, «este género acogedor, libre, proteico», forma preferida hoy; y de la **columna** de periódico, producto reciente e interesante: «el tamaño impera y condiciona, algo así como un soneto en prosa». Aquí toma la palabra con autoridad y amenidad José Luis Blanco Vega. Estos capítulos nos hacen llegar hasta Marina y Vicent.

El capítulo de la **crítica literaria** es particularmente difícil y cojea irremediablemente. Se apoya en una sola pierna, la del crítico, y le falta la otra pierna, el texto criticado. Aquí sí que es indispensable la colabora-

ción del lector o profesor. Como la crítica literaria se practica hoy en abundancia y a varios niveles, el capítulo solicita a dieciséis autores que se dignen representar a sus numerosos colegas, quizá tan buenos como ellos.

El último capítulo es ambicioso en la intención, modesto en el resultado. «Según se mire, la **concepción** es lo primero y lo último, la base y la cumbre... Se trata de la unidad y unicidad de la obra literaria». No se puede meter en pocas páginas asunto tan importante como la concepción de la obra, el acopio de materiales a disposición y composición de las partes. Al final del camino el libro ofrece unas modestas sugerencias.

¿No falta un capítulo entre los veinte? El periodismo. Los periódicos nos ofrecen hoy piezas narrativas, ensayos breves, momentos satíricos o humorísticos, descripciones de países y pueblos, crítica de libros. Si al periódico añadimos la revista y el suplemento dominical, apreciamos que un periodista puede ser hoy creador y transmisor de cultura. ¿No se merecía el periodismo un capítulo sustancioso?

He de confesar que no soy periodista de profesión ni de actividad lateral, aunque más de una vez me han entrevistado. Todo eso de la pirámide invertida, del *lead* —que yo traduzco por guía—, de las cinco preguntas, de citas y sumarios, de narración cada vez más detallada etc., lo conozco de segunda mano y lo encuentro convincente. No siendo experto, no he querido disertar sobre el tema.

Lo he compensado reduciendo cinco géneros periodísticos básicos a capítulos del libro. Esos géneros son: noticia, crónica, reportaje, editorial y artículo de fondo. Otros géneros son aún más fáciles de reducir. Vale siempre para el periodista el trabajo del estilo: «creo que haber seguido este libro desde el vocabulario hasta aquí puede ser un buen entrenamiento para un periodista escritor».

¿Había que decir unas palabras sobre el teatro? Este es un género en extremo difícil. Se apoya en dos columnas, que son: el desarrollo calculado y eficaz de la acción o argumento, el contraste de personajes vivos, bien caracterizados. Tiene como medio verbal exclusivamente el diálogo, «verdadera sustancia de la obra» (Torrente Ballester, sobre Edgar Neville). Me parece demasiado difícil el tema del teatro para la presente obra.

No puedo evitar el tema de la **Biblia**. En primer lugar, donde no impera el sectarismo, la Biblia se considera un libro, el libro fundamental de la literatura y el arte occidentales. Además es un dato mi dedicación durante decenios a la Biblia. En efecto, al pasar de la literatura a la Biblia, mis estudios literarios influyeron decisivamente en mis estudios bíblicos.

Ahora, al volver de la Biblia a la literatura, ¿han influido mis estudios bíblicos en los literarios? Desde luego; y puedo ilustrarlo con algunas aportaciones específicas.

Los poetas bíblicos son grandes creadores de imágenes, con diversas técnicas: cultivan la comparación más que la metáfora, transforman un hecho en imagen coherente. La Biblia nos sirve un riquísimo repertorio de símbolos, religiosos y simplemente humanos. La antítesis configura el llamado paralelismo antitético, muy frecuente en una poesía de signo retórico.

Los autores bíblicos cultivan la descripción de trazo rápido y certero. El relato bíblico es objetivo y esencial, conciso, de variada humanidad en acción. Los líricos desarrollan de modo prodigioso la introspección y crean un lenguaje para expresarla. Cultivan el género proverbial y dan pasos iniciales por el ensayo (Eclesiastés). No contentos con la realidad plural y limitada que conocían, destacan el poder creativo de la fantasía.

Creo justificada la presencia reiterada de la Biblia en mi libro.

Terminados los capítulos de exposición, encuentra el lector un **índice temático** de doce páginas. Puede dar idea de la abundancia de aspectos tratados con sus ejemplos. ¿Nos detenemos en algunas entradas? En la A afectación y autoironía, en la B burlesco, en la C caligrama y «como si...», en la D diacronía y digresión, en la O ocurrencia y onírico, en la U ultraísmo, en la V virtuosismo; y así otros muchos.

Alguien me ha señalado que falta un índice de autores. Respondo que no falta, que lo he evitado a conciencia. Consultemos el reciente *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*. ¿Cuántos nombres de autores contiene en 1.775 páginas? Cuatro mil, cinco mil, y faltan algunos (como Alday). ¿Cuántos nombres cito en mi libro? Algunos centenares. Ahora imaginemos un índice de autores y una falange de críticos que van a buscar en dicho índice no los que están, sino los que no están; para lanzármelos como dardos hasta dejarme hecho un San Sebastián. Mi libro no es una antología. No están todos ni están necesariamente los mejores o los que más me gustan. Están unos cuantos que ilustran con sus ejemplos lo que voy exponiendo. Por eso, así como el índice de temas es necesario, el de autores sería peligroso.

Usuarios

¿**A** quiénes se dirige el libro? En mi ambición, a muchos. En mi amor a nuestra lengua y literatura, a muchísi-

mos. Profesores de literatura en cursos superiores de bachillerato y a sus alumnos; también a profesores y estudiantes en cursos universitarios de filología, literatura, lenguas románicas... Para políticos que han de hablar en público y para periodistas interesados en mejorar su estilo. Muy especialmente para ese adolescente que lleva dentro la vocación literaria y busca un guía que lo acompañe. Me atrevo a decir que los profesionales de las ciencias tienen más necesidad de un contrapeso humanístico para mantener en equilibrio su humanidad.

Tomo de una presentación en *Padres y maestros* (sept. 1995 n.º 210). Para escritores en fase de revisión y autoevaluación. Para profesores de lengua y literatura, para transformar la dinámica de sus clases. Para cuantos se agrupan en seminarios, talleres y clubes, quizá con más voluntad que orientación. Para cursos de formación del estilo integrando planes de estudio.